

Carta desde el abismo (Corregido)

Ente

Carta desde el Abismo



Relatos de Terror

Capítulo 1

Carta desde el Abismo

Mi memoria fluctúa tan rápida e incomprensiblemente como lo hace el tejido de la realidad. Sin embargo, no tengo prisa por desentrañar su misterio, tengo toda la eternidad para descifrar este, y otros enigmas. Toda la eternidad para adentrarme en las controversias del pensamiento, para averiguar incluso el tormento de la verdad.

¡Y qué verdad!

Nadie la podría imaginar.

La verdad de la verdad, la verdad de las mentiras, la verdad de aquello que para comprenderlo hay que renunciar a todo lo demás. La lógica tiene que romperse en mil pedazos, hasta conseguir dejar de recordar.

Perder la cordura a límites sin catalogar por la ciencia convencional.

Yo ya estoy muerto y, por tanto, mi memoria es vaga. Tiene momentos lúcidos, pero está perdida, perdida en la nada, en busca de una impactante verdad que me consume por dentro; el vestigio del tejido de la realidad.

Tengo miedo al pensarlo y dejar esta correspondencia, el pánico me hace titubear. Por suerte, pude volver al plano material, pero al volver me sumergí en un profundo sueño que, si acaso, duró décadas. No quería ver aquellos horrores que moraban en el vacío, su visión me producía escalofríos, y su propósito, no lo podía aceptar.

Estoy condenado a vagar por esta incesante oscuridad.

Y tuve que morir para saber que algo mucho peor que el infierno nos espera tras la vida. Grotescas visiones me atormentaron cuando mi corazón aún latía, y ahora en la muerte, ni siquiera puedo hallar la paz que prometían los falsos profetas.

Yo no existo, ni tengo materia, pero lo que queda de mi ser, ha sido consumido por la locura, torturado y demacrado. Bendita enfermedad, bendito sea el caos, maldito sea el orden y su equilibrio. Tan

inestable, e incomprensible, ináudito. Y veréis por qué lo expreso de este modo. Pensarán que he llegado a tal degeneración, que no sé distinguir la realidad de la mentira, pero no es cierto. Las visiones que he podido contemplar me han perturbado, pero aún estoy aquí levitando, flotando en este averno desconocido. Por algún motivo, no puedo ir ni adelante, ni hacia atrás, no puedo avanzar.

Me encuentro congelado, pero no siento frío.

No sé si fui hombre o mujer, ni cual era mi identidad. Ni siquiera recuerdo si vivía, ni dónde, tampoco recuerdo cuál era mi hogar, ni qué era o siglo me tocó experimentar. Hace demasiado que lo olvidé, y al principio ese hecho me traumatizaba, pero al final no me quedó más remedio que aceptar la encrucijada.

Asumí pues mi incoorporeidad, con la acusante idea de desconocer cuál era mi forma, ni de qué estaba compuesto. Yo ya no tenía ojos, oídos, boca ni nariz, no tenía piel ni músculos, ni huesos. Presuponía que tampoco tenía células, ni nada que se pareciera a la materia de los planetas.

Vago por un lugar que no se parece a nada que recuerde. Determiné que me encontraba en otra dimensión, pero, cómo era posible tener esta consciencia, cómo era posible que pudiera cuestionarme. ¿Acaso este era el castigo eterno que sentenciaban las escrituras sagradas?, ¿vagar eternamente en un lugar desconocido, e inexistente, en una no-existencia perturbadora y real?. Con una consciencia que, si bien había perdido gran parte de sus facultades, aún quedaban reminiscencias y no había abandonado ese afán por hallar la verdad, por conocer el significado último de todas las cosas.

Pero sé, para mi disgusto, que jamás podré olvidar el hecho de que nos acechan, nos observan y manejan nuestra realidad.

Siempre lo hicieron, esa es la terrible verdad. Manejan nuestra vida y percepción sensorial, tejen nuestro destino con patas de araña, son escritores de todos los tiempos de la humanidad. Me atreví a pensar que, quizás, esas espeluznantes y deformadas criaturas obedecían a una identidad superior y eso me producía un malestar inmensurable. Deduzco que son criaturas horripilantes del más allá, sombras sin forma, solo atisbo sus patas arácnidas y su telar, invisible para ojos mortales, pero no para mí.

Ya no. Yo trascendí esa barrera.

Y es que, muchos sabios dijeron que el destino está escrito y que nos esperaba un final apocalíptico, y estos majaderos fueron tratados como locos en su tiempo, tarados y farsantes, estafadores y vendedores

de profecías, muchos decían ser videntes, tarotistas, religiosos y fanáticos. Todos se acercaron a una parte de la verdad, intuyeron el horror del más allá, pero ninguno lo observó como lo hice yo. Nadie estuvo tan cerca y sigue existiendo para contarlos, y menos aún para dejar testimonio de tan fatídico descubrimiento.

Las arañas, como yo las llamo, están por todas partes en esta inmensidad, su trajín no tiene parangón, si acaso parece que no necesitan alimentarse, ni procrear, continúan sus labores sin cesar. Ellas creen que pueden manipularme, pero no pueden, pierden el tiempo observándome como si fuera un extraño, sujetas a sus propios prejuicios, mientras yo también las observo, las estudio y las analizo. Llevo a cabo mi plan. Y no es nada personal contra esas aberraciones, o eso creo, es absolutamente secreto incluso para mí, solo tengo vagos destellos de aquella idea que tuve, no puedo recordar con claridad, pero hay certeza de que existe.

Fluctúa como lo hace el tejido de la realidad.

Mi plan está sujeto a la causa y al efecto. Me he impuesto determinar el propósito de esos hilos móviles y vibrantes que tejen las arañas. Yo los ví, me gustaría tocarlos, pero no puedo acercarme tanto, hay demasiados ojos vigilando.

Los hilos están hechos de una seda fina y casi transparente, al moverse crean sonidos 'inescuchables' por ninguna criatura terrenal. Esos arácnidos lo tejen, sin cesar, es un hilo largo, de color blanco a veces, parecen cuerdas entrelazadas, es el telar de las arañas. Van tejiendo perdidas en el abismo, en la oscuridad, sin que nadie pueda verlas, ni saber de su existencia. Componen una melodía, una melodía inquietante de apenas milésimas de segundos -porque una cosa he aprendido en mis viajes- y es que el sonido es la única materia con consciencia e inteligencia. Advierte de lo que ha ocurrido, en el pasado, presente y futuro, son mensajeros atemporales.

Desconozco su naturaleza, pero yo escuché a esos entes vivos.

Producían un sonido que sería una locura tratar de describir. Crean consonancias y disonancias en el espacio-tiempo que hacen vibrar el tejido de la realidad, lo hacen como si esos hilos fueran un estímulo, diseñado para crear una respuesta fisiológica, como si fueran parte de un organismo aún mayor, tan grande que nadie puede detectar su existencia.

Una maravillosa analogía porque, los hilos bombean y bombean, crean olas de sonidos que, a su vez, forman más y más consonancias en el tejido de la realidad, una composición musical muy extraña, y de no ser por el estado en que me encuentro, jamás habría

podido reparar en ese sonido, un sonido que existe incluso en el silencio más perpetuo.

Me pregunto para qué servirán esos hilos, y esos sonidos que producen al vibrar, pero no puedo ver, no los logro alcanzar. Ellas me retienen, guardan celosamente el enigma. Tal es su recelo, que hasta creo que son esas mismas criaturas del averno más oscuro las que mueven los hilos. No lo sé. Ni quería saberlo por algún tiempo, pero tal es mi curiosidad que debo aprovechar este estado de inexistencia inmaterial para buscar el significado del más allá.

Una obsesión he desarrollado en mis viajes al abismo, a donde moran las arañas tejedoras de la realidad, las escribanas del destino de todos los seres vivos. Engendros del cosmos, o del vacío. Estas pesadillas, esta visión del inframundo, me obligan a entender los misterios. Es una misión divina, un propósito que se me antoja inconfesable, me retiene en una abstracción como a un reo sus cadenas.

Desconocía si había otras dimensiones paralelas a la que me encontraba, o como mil demonios se llamara donde quiera que estuviese; solo se presentaba ante mí una gran nebulosa, de colores atractivos y muy brillantes.

Era el preámbulo de lo que vería después.

En el centro de esa nube, en la que se podían imaginar formas inimaginables, había una oscuridad. No era una oscuridad normal, era la oscuridad más oscura que jamás había visto, y lo más estremecedor de la visión era las patas de esas pesadillas arácnidas que asomaban por el negro vórtice. En un parpadear, había cientos de ellas, casi se confundían con el entorno, esos insectos de agujero negro se reunían para trabajar, como abejas en un panal. Pero no, no era dulce miel lo que producían, sino el mismísimo tejido de la realidad, por algún retorcido capricho.

Desconocía cuántas realidades había, pero deduje que debían ser muchas, tantas como por cada araña, dado que cada una de ellas tejía su propia tela y esta seda daba forma a un tejido transparente, evocador de frecuencias sónicas que de algún modo alteraba la percepción, la sensación de la realidad, lo opuesto a lo que puede considerarse abstracto.

Estas conjeturas me sumían en un estado de paralización, de insana inactividad. Creo que El Vacío me ha absorbido, ahora está en mi interior, es el vacío universal, La Nada, y de ella ni las arañas pueden escapar. Tan indómita y real de lo que cabría esperar, justa y cruel al parecer, destruye la existencia para imponer su vil equilibrio, su macabro

orden, un ciclo que no tiene fin.

Y cuando estaba tan cerca de resolver estos secretos ancestrales, más antiguos que el tiempo y la propia materia, un ente me poseía.

Mis experiencias eran a cual más aterradora. No sólo me asustaba el hecho de no saber dónde me encontraba, de no saber quién era, ni a dónde iba, ni qué forma tenía; sino que además, otra entidad tomaba mi voluntad y mi conciencia, pero por extraño que parezca, sentía un peculiar alivio al saber que no estaba a solas con las arañas. Cuando el ente me poseía, no tenía que preocuparme por los horrores de la oscuridad.

Hay muchos entes en estas latitudes lejanas y discordantes, llegan de otras dimensiones, supuse que de otros inciertos lugares. Todo es muy confuso, solo sé que algo me toma por la fuerza, me posee en mis viajes al abismo y me convierte en un recipiente de sabiduría, de maldad insospechada y no confirmada. Siento un devenir de recuerdos difusos, proveniente de épocas pasadas, de otras conciencias, otros mundos, otras eras y seres vivos. Creo que esta entidad se dedica a propagar el terror, pero en otras ocasiones noté que la estela que había dejado antes de marcharse, poseía un encantador talento, unas capacidades que ni logro imaginar.

Y quizás me encuentre en este estado por su culpa.

Al principio, solo ocurría cuando no había luz, pero ahora no importa si hace frío o calor, me posee, el ente me posee, haya luz u oscuridad. Si acaso potencia mis sentidos extracorpóreos, pero yo no los puedo utilizar, encierra mi propia voluntad a su merced. Y desconozco absolutamente sus propósitos, sé que es orgulloso, su altivez y prepotencia alertan de su presencia, advierten de su ilustrada y terrorífica llegada.

Su identidad es inconfundible. Brota de la nada, es un vergudo. Pertenece al espacio donde no hay tiempo, donde la Nada es cierta y existente, cuantificable y observable. Procede del mismo caos. Su mundo, por lo que sé, es una puerta a otra realidad, y lo más desconcertante es que pretenden su propia autodestrucción.

Mi locura es tan grande que, lo mejor será, no confiéis en mi criterio.

El Inombrable me acecha, sondea mis pensamientos y borra mis recuerdos. Sin embargo, aún queda algo de ellos, y por eso puedo admitir abiertamente que he ido allí, a donde viven los entes, pero no mi cuerpo, ni mi alma, sino otra cosa que no sé explicar. Del mismo modo esta carta pude rubricar, conseguí dominar mi propio Yo, el tiempo

suficiente para usar al ente como mi recipiente. Viaja y viaja, a todas partes, su interés no tiene límites. Estudia y observa la vida, en sus viajes ví una civilización de artrópodos inteligentes de otro planeta, a la raza humana, la iklatili y a los oloum. A unos pájaros de cuatro patas que habitaban un cuerpo celeste gaseoso, y que no necesitaban alimentarse. Criaturas extrañísimas y cuyo modo de existencia no entiendo.

Recuerdo también que ví un espacio que no existe y que se esfuerza en atraer otros cuerpos del sistema galáctico, un sistema de proporciones gargantuescas. Y entonces entendí nuestra insignificante vida, nuestra inmundicia y miserable existencia. A poco recuerdo que fuí humano, y que sentíamos que estamos atados como las materias del universo, atados por el efecto gravitatorio que sus propios cuerpos, sin quererlo, ejercen. Es esa fuerza la que me sorprendió, la fuerza de la desintegración. Todo se dirige al epicentro de una galaxia con un destino ya escrito, la muerte y el final.

Son esas arañas, sí. Ellas saben que giramos y giramos, y lo hacemos porque existimos. Nos mueven y nos movemos, lo hacemos sin querer y sin voluntad, por el ejercicio de una ley universal. De un horror aún sin explicar. Son grandes, gigantes, negras como El Vacío, tienen una docena de ojos y colocan sus hilos sobre nosotros. Los hacen vibrar, nos mueven como a marionetas.

Yo no quise saber esta verdad.

Supe, además, que estamos predestinados a la oscuridad. Allí donde habitan los engendros tejedores, y esas entidades del mal, siervos de alguna antigua y ancestral deidad, un código que no llego siquiera a imaginar. Tales verdades me produjeron pesadillas, luché por conservar la memoria, quizás es solo lo que queda de mí.

Recuerdos vívidos y recientes de una explosión, de la explosión primordial. Parece que esta dimensión retrocede en el tiempo, cada cierto tiempo, en un bucle sin final. Me muestra cómo se originó, como un sueño recurrente del que no se puede escapar.

De repente, ví como todo comenzaba a brillar de una profunda oscuridad, donde moraban las arañas. La Nada, la llaman, o el Vacío, la materia oscura y sin alterar, tiene muchos nombres pero pocos saben sobre ella, y fué allí donde tuvo lugar una tensión tal que, producida por algún anómalo suceso, estalló creando el espacio y el tiempo.

Recuerdo que giraba en círculos, de nuevo esos arácnidos me enredaron en el tejido de la realidad para impedir que viera el origen de todas las cosas, pero escapé de la seda de esas terribles alimañas, y observé que tras aquella explosión, otro agujero se había creado en el espacio temporal. Atraía a la materia de remotos lugares, con un

insaciable hambre por devorar. Otra realidad de la Nada, del Vacío, si acaso serán supradiosos olvidados y sin nombre, los horrores trabajan para ellos. Tienen un propósito que quiero averiguar, es una paradoja que me causa insomnio y un profundo malestar, es imposible de encajar sin perder la cordura.

Ahora dejaré estas palabras en cualquier lugar, ni en papel, ni con tinta se han escrito, solo un incauto se atrevería a buscarlas y leerlas hasta el final; la recompensa es una manzana que jamás se debía arrancar. No me importa si son tomadas como fábula o realidad, sé que es incomprendible para una mente vulgar, para un cerebro hecho de carne, encerrado en una masa ósea, privado de su libertad.

Y no los culpo.

Mi locura es perturbadora, admito que ha abrumado mi razón, pero lo que ví en el abismo, no es apto para cualquier investigador. No tengo vida, y tampoco mi muerte puedo gozar.

Mi memoria fluctúa, como lo hace el tejido de la realidad.

FD: 'Alguien desde el más allá'.